



Un día, mientras Simón recogía hojas en el parque para su álbum, vio a un topo sentado en un banco, que parecía muy solo y aburrido. Enseguida se le acercó.

-Hola, me llamo Simón. ¿Te importa que coja esa hoja que tienes a tus pies?

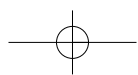
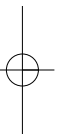
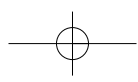
-No, cógela, ¿coleccionas hojas?

-Sí, mira cuántas tengo.

Y así fue como Simón y Raúl se hicieron amigos. Se veían todas las tardes en el parque y hablaban y hablaban sin parar. De la escuela, de juegos, de películas... Simón estaba feliz.

Pero un buen día unos topos que solían ir al parque invitaron a Raúl a participar en su equipo de fútbol, y este poco a poco fue teniendo menos tiempo para los paseos y las charlas con Simón, pues los entrenamientos lo tenían siempre ocupado. Simón, escondido detrás de un árbol, veía cómo reía y celebraba las victorias con sus nuevos amigos. Y todas las tardes volvía triste y cabizbajo a su casa, hasta que, desanimado, decidió no ir más al parque.





## Epílogo para padres y educadores

Simón, el protagonista de nuestra historia es un topo, pero no es un topo común, como todos los demás. Simón es diferente. No le gustan los juegos de sus amigos, ni sus concursos por ver quién lanza la piedra más lejos o quién mete más goles. Él prefiere las cosas de sus hermanas: sus colonias, sus adornos, sus juegos...

Nadie le entiende, todos le fuerzan a comportarse como lo que es: un chico. Y es motivo de decepción además de una gran vergüenza para sus padres. Cada vez que se siente rechazado por ser diferente, Simón huye lejos escarbando túneles y más túneles hasta que se le pasa, entonces vuelve a su casa. Y escarbando, escarbando se convierte en un magnífico arquitecto, habilidad que le servirá para salvar a los vecinos de su aldea y ganarse el respeto de todos, especialmente el de su padre.

A través de la tierna historia de Simón, este cuento, más allá de lograr el entretenimiento de los niños y las niñas, permite que padres, madres, educadores y otros profesionales puedan abordar con los menores el delicado tema de la homosexualidad infantil con toda naturalidad. Si la historia de nuestra sociedad ha sido una historia de intransigencia y homofobia, en lo que respecta a la infancia la postura ha sido de negación total, hasta el punto de invisibilizar una realidad como ésta. Es la consecuencia tanto de tabúes sociales como de la creencia absurda de que la infancia no tiene sexualidad.

Debemos formar a nuestros niños y nuestras niñas en valores como el respeto y la tolerancia ante la diversidad, ya sea de credo, raza, inclinación sexual... Es preciso cambiar la realidad social que margina y excluye lo diferente. Ser homosexual no es bueno ni malo en sí, como tampoco lo es ser rubio o moreno. Por eso, debemos revisar y cuestionar nuestro sistema de



creencias en especial aquellas que nos impiden alcanzar la expresión de un amor pleno y que generan mucho sufrimiento. Normalizando y naturalizando las diferencias podremos educar en la diversidad, y sólo así lograremos una sociedad más justa y solidaria.

Este cuento es de gran ayuda para los adultos, padres, madres o educadores, pues página tras página se desgranán las barreras que familia y sociedad construyen: cómo se silencian los sentimientos homosexuales, cómo se juzgan o se ignoran sin cuestionarse el dolor y la soledad que eso provoca, cómo se rechaza a un menor sólo porque no se ajusta a las expectativas de los adultos, cómo estos menores son con frecuencia objeto de acoso por sus compañeros...

La autora, Carmen de Manuel, psicóloga clínica infantil, afirma: «Y lo que es peor, estos niños y estas niñas crecen con la sensación de estar haciendo "algo malo", de ser culpables por sentir de un modo diferente». Evitarlo está en nuestras manos.